

que en el lugar consagrado á su gloria, infundió á Salomon la sabiduría, prometió á la madre de Samuel la fecundidad, se dió á Zacarías la noticia del nacimiento del Bautista, se cumplió la promesa hecha al buen viejo Simeon, se remitieron los pecados al Publicano, y se dió vista á los ciegos y piés á los cojos. Pero no busquemos pruebas antiguas; la santísima Virgen, que en todo lugar, en todo tiempo, á toda clase de personas ha llenado de beneficios y favores, los ha franqueado con mas generosidad en este santo monte, en que se ha dignado poner su habitacion y residir como en el centro de su gloria.

Es así, y no podemos dudarle: aquel poder de María, al que, como juzga san Anselmo, no se le pueden dar otros límites sino los del poder del mismo Dios; aquel poder, que, segun las palabras de san Bernardo, encierra la plenitud de todos los bienes, de los que es la única y fiel dispensadora; aquel poder, que en sentir de san Pedro Damiano, es tan absoluto, que no pide, sino manda con la autoridad de reina; aquella bondad del corazon tiernísimo de María, con que quiere emplear á favor nuestro el poder que ha recibido, y á la que mira san Bernardo como á refugio de su mas tierna confianza; aquella bondad de verdadera madre, que solicita á favor de sus hijos cuanto puede serles de honor, de utilidad y de gloria; este poder, esta bondad de María parece que han puesto su trono en Monserrate, y que la mano de Dios á influjos de María descansa en este monte de bendicion: *Requiescet manus Domini in monte isto* (1). Aquí es donde se ostenta mística torre de David, de la que penden mil escudos, espadas y broqueles para defensa de los hombres: aquí es donde, como el Arca de confederacion, ha levantado el presidio y refugio de su pueblo, con privilegios mas distinguidos que aquellas ciudades, de que nos habla la Escritura, Cedes en Néftali, Siquen en Efraín, Hebron en Judá, Bosor en Ruben, Ramot en Galaad, y Gaulon en Manases. Aquí es donde como verdadera reina del universo, manda á la naturaleza, y le obedece; llama en su auxilio á los espíritus que le asisten, y ejecutan prontamente su voluntad; oye las súplicas de los pecadores, y los remedia; y por decirlo de una vez, en este santo monte es donde sus ojos siempre están abiertos para examinar nuestras necesidades; sus oídos siempre aplicados á escuchar

(1) *Isai. c. 25. v. 10.*

las súplicas y ruegos de los que la invocan, y su corazon siempre dispuesto á repartir beneficios y á usar de misericordia.

Consiento, sí, consiento, por hablar con san Bernardo, en que se pase en silencio la beneficencia de María en este santo monte, si puede alguno asegurar que le ha faltado, cuando la ha invocado en sus necesidades: *Sileat misericordiam tuam, si quis est, qui invocantem te in necessitatibus suis, sibi meminere defuisse*. Pero quién será este? ¿será alguno de aquellos que dominados del peso de sus pasiones gimen bajo el poder del demonio? Ah! que María armada con la fuerza del Omnipotente ha precipitado de este monte al jefe de la maldad, y ha roto las ataduras que habia duplicado para aprisionar á los desdichados hijos del primer prevaricador; y no solo ha expelido las tinieblas del pecado, sino tambien sus consecuencias, sus funestas miserias: *Præcipitabit in monte isto faciem vinculi colligati... et telam, quam orditus est* (1). Decídló mejor que yo vosotros los que habéis sentido estos gloriosos efectos, Ignacio de Loyola, Juan Guarín arrepentido. El grande Ignacio, que poco ántes formaba un monte de vanidad, en dejarse ver al frente de un escuadron de guerreros, apenas pisa las piedras santificadoras de Monserrate, cuando se siente llamado á un nuevo género de batallas. El pecado será su competidor; y para dar muestras de que ha trocado la milicia del siglo por la de Jesucristo, cuelga su espada, bañada con las lágrimas de su arrepentimiento, á las columnas del altar de su iluminadora la santísima Virgen de Monserrate. Y tú, Juan Guarín, ejemplar de inconstantes y de arrepentidos, ¿experimentaste acaso ménos la beneficencia del astro de Monserrate? Este solitario siente inflamarse dentro de sí mismo aquel fuego que devora hasta la perdicion, y sin contener dentro de los límites de la razon y de la ley aquel cuerpo de muerte, bajo cuyo peso gemia el Apóstol, corrió tras la halagüeña hermosura de la hija de Wifredo, conde de Barcelona. Y como el pecado, en sentir de un santo Padre, es como las piedras desprendidas de una montaña, que llevan tras sí cuanto encuentran, al violento raptó añadió el sangriento homicidio de Riquilda, que habia resistido cristianamente á su incontinencia. Vos lo permitisteis, Dios mio, por uno de aquellos juicios que llama insondables san Pablo; pero vos mis-

(1) *Isai. c. 25. v. 7.*
TOM. II. JM.

mo, para autorizar el poder de la gran reina de Monserrate, hicisteis que renaciese esta jóven difunta entre las peñas de este monte, para que fuese el eco vivo de esta maravilla, y la primera abadesa del monasterio fundado á honor de María, hiriendo al mismo tiempo el corazon del escarmentado Juan con doble contricion, hasta formarle un ermitaño, no ménos célebre que los de la Tebaida y el Egipto. Cuando no hubiera otro testimonio, ¿no seria este suficiente para autorizar la bondad y generosidad de María en esta imágen?

¿Podrán alegar alguna cosa contra la misericordia de esta gran reina los que caminan por las sendas de la perfeccion? No lo creáis. Monserrate es el monte preparado, la casa de Dios á la que son convidados los pueblos á subir, como al monte del Señor y á la casa de Jacob, para instruirse en los caminos de la vida y en los senderos de la ley, porque de Monserrate, como del monte Sion, ha salido la ley, y como de Jerusalem, trae su origen la palabra del Señor: *Venite et ascendamus ad montem Domini, et ad domum Dei Jacob, et docebit nos vias suas* (1). ¿Dónde sino en Monserrate, Oreb de llamas abrasadoras, adquirió san Pedro Nolasco aquel espíritu de caridad y de zelo, que le hizo pensar en la salvacion de sus hermanos del mismo modo que habia pensado el Redentor? ¿Dónde sino en Monserrate, Sion de visiones, se revelaron al pequeñuelo, al idiota Fr. José de san Benito, aquellos secretos de sabiduría que Dios oculta á los sabios y prudentes del siglo? ¿Dónde sino en Monserrate, Calvario de penas y dolores, adquirió san Juan de Mata aquel espíritu de austeridad y penitencia que forma su carácter? ¿Dónde sino en Monserrate, Sinaí de pureza, adquirió el jóven Gonzaga aquel espíritu de continencia, que le hizo poco ménos que ángel, ó un ángel en carne humana? En tropel se me presentan millares que han subido de perfeccion en perfeccion en este santo monte, á influjos de María que vela sobre las necesidades de los que la invocan. ¿Y habrá quien no sienta bien de su bondad en esta imágen? *Sileat misericordiam tuam, si quis est qui invocantem te in necessitatibus suis, sibi meminerit defuisse.*

Aún cuando algun maldiciente desatase su lengua contra los beneficios de María en esta imágen, hablarian á su favor todos

(1) *Isai. c. 2. v. 3.*

los pueblos del mundo, y le pondrian delante de los ojos los infieles que la santísima Virgen de Monserrate ha ilustrado, los hombres oprimidos que ha librado de la violencia, los hombres perseguidos que ha protegido, las almas afligidas que ha llenado de consuelo, las almas desesperadas, en quienes ha hecho resucitar la confianza, los endemoniados que ha libertado; los cautivos á quienes ha roto las cadenas, los pobres que ha socorrido, los enfermos que ha aliviado, los moribundos que ha sanado, los muertos que ha resucitado, las provincias que ha preservado del horror de la peste, de la voracidad del fuego: le pondrian delante de los ojos un número prodigioso de volúmenes, fieles depositarios de su poder y de los milagros de su bondad; una multitud de dádivas colgadas en su templo, flacos monumentos de los bienes exteriores y corporales que se han recibido de ella; y juntaria á estas dádivas otras, por lo que toca á los bienes interiores y sobrenaturales, que no se la tributan sino en secreto. Pero aunque su poder se extienda á todo género de necesidades, no obstante es necesario convenir, que ha brillado en esta santa imágen su proteccion, para coronar de victorias y defender contra los formidables asaltos de los enemigos.

Y es aquí donde yo me siento, como llevado en espíritu á todos los pueblos del orbe cristiano, al admirar esta proteccion de María de Monserrate, y os convido con el Eclesiástico á oír la voz de las naciones que testifican esta verdad: *Respicite nationes hominum.* Echád la vista á Granada, y veréis al rey Don Fernando V victorioso de una armada numerosa, y que él derrota el bárbaro ejército de los moros, y toma la ciudad á pesar de sus pertrechos. Pero él habia ofrecido á la santísima Virgen de Monserrate visitar su santuario, como de hecho lo ejecuta con toda su familia real, ofreciendo como en homenaje de la victoria dos ricas lámparas de plata. Veréis al rei Don Pedro IV de Aragon, victorioso contra las armas de Génova, haciendo tributarios á los reyes de Túnez, Bujía y Constantina, y sujetando á su imperio las islas de Mallorca y Menorca, y los condados de Rosellon y Cerdaña. Pero él habia ido ántes personalmente al templo de esta madre de Monserrate á ofrecerle sus votos y sus promesas, y constituirla patrona de sus conquistas, ofreciéndole en señal de reconocimiento y buena fe una galera de plata. Veréis que si aquel célebre general de los últimos

tiempos el señor Don Juan de Austria no emprendió jamás acción en que no llevasen sus armas las ventajas de la victoria; que si en la batalla de Lepanto ató al carro de su triunfo más de treinta mil turcos muertos, tres mil y quinientos presos, siete mil esclavos de cadena, fué porque había puesto sus armas bajo la protección de María de Monserrate. Y aún por ello este héroe invencible le ofreció siempre sus dones, y la hizo entrar en parte de los mejores despojos, con que se ha enriquecido su templo, confesando que María en Monserrate es la Beldona de las batallas... Contengámonos dentro de los límites de un breve panegírico. María en Monserrate se ha adquirido títulos muy fundados para hacernos esta justa reconvencción: ¿Qué más pude hacer que no haya hecho con esta viña de mi herencia, que yo me la escogí, yo la planté en el campo de la Iglesia? ¿Y qué podrán responder estos favorecidos de María? — Con qué paga contribuiremos á tanta deuda?—Ellos han sabido acreditar su reconocimiento en la veneración y culto de su protectora.

Sí, señores; en aquel mismo monte en donde escribió el cielo el infalible anuncio de tantas venturas, se firmó también y se otorgó la obligación más estrecha de apreciarlas. No, no han atraído sobre sí los catalanes la infame nota, con que fueron señalados para su ignominia Jeroboan elevado, Amasías triunfante, Acaz favorecido, y otros señalados con la torpe mancha del desagradecimiento. Los catalanes han estado siempre atentos, como otros fieles hijos de Abrahán, á aquella firme piedra, de donde salieron sus felicidades para multiplicar cultos y obsequios á su protectora, que se ha complacido en ellos; y así no han podido asomar á sus labios aquellas sentidas voces del profeta: *he sustentado, he exaltado unos hijos, que en lugar de mi honor, han hecho mi desprecio* (1).

No, señores, la buena fe, la hombría de bien, el reconocimiento han estado siempre de acuerdo en los catalanes, y no me engañaré si digo en toda la España, para promover los cultos de la santísima Virgen de Monserrate. ¿Quién sino la devoción á esta augusta reina ha levantado aquel magnífico templo consagrado á su nombre, que sin llamar en auxilio á los príncipes de Hiram, puede competir en riquezas, en magnifi-

(1) *Isai. c. 1. v. 2.*

cencia, en veneración, en respeto con el templo, que edificó Salomón al Rey de Israel? ¿He de descubrir por menor los tesoros de esta casa? Basta decir, que los reyes y personajes más poderosos han hecho empeño en que se digan cosas grandes de esta ciudad de Dios, y que su brazo no ha sido avaro, sino pródigo para distinguirla. ¿Quién sino la devoción á esta reina del universo ha dotado en Monserrate aquellos colegios de instrucción, bajo el auspicio de la fuente de la sabiduría, de donde han salido, como de otro Areópago, tantos sabios útiles á la Religión y al Estado, á Dios y al rey, y á propósito para gobernar con pulso las iglesias, como lo hizo un Tomás, obispo de Malta; para instruir á príncipes, como se vió en Don Juan de Córdoba, ayo de Felipe II; para pacificar los imperios, como lo ejecutó con destreza Don Francisco Moncada, embajador de Felipe IV?

¿Quién sino la devoción á esta madre de piedad ha abierto en Monserrate un asilo de hospitalidad para los peregrinos, en todo semejante á aquellos alabados en el Concilio de Gángres, aún más antiguo que el de Nicea? En tres ocasiones en el día se suministra allí el alimento á todo género de personas, llenando hasta el número de trescientas setenta y seis de un solo golpe, y aún clamaban las criadas de esta Madre amorosa en las plazas y calles: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis* (1). ¿Quién sino la devoción á esta madre del Amor hermoso ha obligado á los dioses de la tierra á descender de su trono, por visitar á María de Monserrate, arrojando sus coronas á sus piés, como los señores del Apocalipsis, y eligiéndola por su protectora y abogada? Así lo hicieron Carlos V, Carlos VI, Felipe II, Felipe III y Felipe IV, Maximiliano II, Don Pedro el Grande, Don Juan II, Don Fernando el Católico, la reina Doña Isabel... Se cansa mi memoria. ¿Quién sino la devoción á María en Monserrate ha obligado á los pueblos más distantes, y aún á los extranjeros, á mirar este santuario como el objeto de sus peregrinaciones? Y qué peregrinaciones? Cuando yo contemplo la austeridad, la religión, el espíritu de penitencia y mortificación con que se emprenden estos viajes á la casa de María, siento que mi espíritu atravesando siglos y distancias inmensas, se pierde en aquella edad

(1) *Prov. c. 9. v. 5.*

de oro, en que la Iglesia misma admiraba el fervor de sus hijos. Allí se presentan unos hombres flacos, débiles, extenuados con un ayuno riguroso, que apenas pueden vencer la fragosidad de la montaña, y que no obstante rehusan fortalecerse con el mas pequeño alimento hasta llegar á la presencia de María, y me parece que veo aquel insigne obispo y mártir de Tarragona san Fructuoso, cuando debilitado por la edad y por la abstinencia rehusó, como dice san Agustín, tomar una bebida que los cristianos le ofrecían para aliviar en algo sus tormentos. Quitád, les dijo: *Sinite, nondum est hora solvendi jejunium* (1). Allí se presentan personajes de primer orden, sin excluir de este número á muchos reyes y reinas, que suben la dilatada y penosa montaña á pié descalzo, señalando con su sangre las huellas de su tránsito, y me parece que veo al emperador Oton III, que á pié y descalzo fué en peregrinacion al monte Gargano á ofrecer su corazon al arcángel san Miguel. Allí se presentan otros con pesadas cruces de madera, con barras de hierro en sus hombros; otros arando sus espaldas desnudas con crueles azotes; otros ceñidos de silicio, cubiertos de ceniza; y me parece que veo aquellos penitentes que la Iglesia distinguió en los años de su juventud con los nombres, que aun leídos en los Padres, horrorizan el ánimo y hacen estremecer de miedo la carne. ¿No es todo esto parto de una devocion á María santísima de Monserrate, veraz, sincera y que nace del corazon?

Esta misma devocion ha sido el móvil para que se extienda á todos los reinos é iglesias principales de la cristiandad el culto de la santísima Virgen con el glorioso título de Monserrate, á Roma por orden de Don Fernando el Católico, á Viena de Austria por devocion de Fernando el II, á Madrid bajo la tutela de Felipe IV, á Nápoles, á Sicilia, á Bohemia, Praga, Tolosa, Leon, Paris, Palermo, Murcia, Valencia, Zaragoza, á Lisboa, á la India y á este ilustre Colegio de Córdoba por los años de 1695, á expensas de un sacerdote santo, que así le llamó Carlos I, el inmortal Don Ignacio Duarte de Quiros, en donde si á influjos de María ha hecho su asiento la sabiduría, la piedad, la Religion, comunicándose de lleno aquellos frutos de bendiccion que atribuyen á esta Señora los Proverbios: *Melior... est fructus*

(1) *Aug. Ep.* 273.

meus auro et lapide pretioso (1); tambien esta casa ha reconocido, venerado y exaltado en el dia y en la noche la grandeza de esta gran reina por medio de esta juventud florida, de cuyos labios inocentes ha querido Dios sacar la alabanza de su Madre para cerrar la boca á los maldicientes.

Y despues de esto ¿no puedo yo decir que la gratitud de los favorecidos de María en Monserrate eternizará su memoria en las generaciones de los siglos, cumpliéndose en toda su extension aquel célebre oráculo: *Memoria mea in generationes sæculorum?* (2) Sí, porque se mudarán los imperios y los reinos, se marchitarán las hermosuras alucinadoras, perecerán las historias y los historiadores, correrán las edades y los tiempos; pero el nombre y la gloria de la santísima Virgen de Monserrate permanecerá eternamente, porque está grabada con caractéres indelebles en el corazon de los hombres. Ellos serán los fieles ecos, que publiquen los prodigios y maravillas que Dios ha obrado por medio de esta santa imágen; prodigios de amor y misericordia, maravillas de omnipotencia y de gratitud: *Signa et mirabilia fecit Deus excelsus.*

Tal es, amados oyentes, la grandeza de vuestra protectora, y de vuestra Madre, y tales son las excelencias con que se ha distinguido con el honroso título de Monserrate, con que la solemnizáis en este dia. Vosotros habéis elegido la filiacion de esta gran Madre; y así, aunque distáis de Monserrate leguas que se cuentan por millares, vuestra es la gloria, vuestras son las grandezas de aquel monte, y podéis decir con verdad, que Monserrate de Córdoba está unido estrechamente con Monserrate de Cataluña: *Sina mons est in Arabia, qui conjunctus est Jerusalem* (3). El monte Sinaí, tan distante de Jerusalem, decia san Pablo á los de Galacia, que estaba unido á la insigne capital de Judá, porque en el Sinaí y en Jerusalem observaban la misma ley, reconocian un mismo Legislador, y se gobernaban bajo unos mismos ritos y ceremonias. Vosotros veneráis en vuestro colegio la misma tutelar, que en Monserrate de Cataluña; una misma es la que preside en ambos montes, de la que ambos han recibido la ley, la proteccion y las señales mas tier-nas de su amor. Luego podéis decir con verdad, que Monserrate de Córdoba está unido espiritualmente y es uno mismo con

(1) *Prov. c. 8. v. 19.* (2) *Eccli c. 23. v. 28.* (3) *Galat. c. 4. v. 25.*

Monserrate de Cataluña, y que lo que la santísima Virgen ha obrado en aquel monte, lo ha obrado entre vosotros ; que entráis en parte, en posesion y en herencia de todas las glorias, privilegios y grandezas de Monserrate de Cataluña. Así es, y por consiguiente debéis empeñaros en publicar la gloria de esta gran reina, y hacerle homenaje de vuestros corazones.

Sí, gran Reina, Virgen santa, Virgen inmaculada, Virgen poderosa ; ellos quieren que reinéis sobre sus espíritus por eleccion, y sin que nadie los obligue : *Dominare nostri tu et Filius tuus* (1). No piensan sino en vuestra gloria, no hablan sino de vuestra gloria, no trabajan sino por vuestra gloria : á vos dirigen sus pensamientos, sus ideas, sus pasos, para que conducidos en esta vida por las sendas de la verdad, consigan la eterna felicidad. Amen.

(1) *Judic. c. 8. v. 22.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS NECESIDADES.

(DE ALMEIDA.)

Mariæ, de qua natus est Jesus.

De María, de la que nació Jesus.

S. Mateo, c. 1. v. 16.

Hoy celebra la Iglesia universal el nacimiento de María, de la que nació Jesus, y en este templo se dedican las mas festivas demostraciones al nacimiento de María, que nos socorre en las necesidades. El título de Madre de Dios nos mueve á solemnizar con alegría este nacimiento, y el título de nuestra Señora de las Necesidades nos estimula de nuevo á solemnizarlo con agradecimiento. Tan poco fia Dios de nuestra rusticidad y torpeza, que sobre los motivos generosos que la razon y Religion nos ofrecen, acrecienta el de nuestros intereses y propia utilidad.

Hoy, hermanos míos, nace nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo ; nace la que nos ha de valer en todas las necesidades. ¡Qué fervorosos cánticos de alabanzas deben resonar en nuestras iglesias, en expresion de nuestros amantes corazones y pechos agradecidos ! ¡Qué acorde consonancia debe haber hoy entre el cielo y la tierra, para celebrar los felicísimos años de la Madre de Dios ! Pero si los ángeles tienen para motivo de su júbilo ser María madre de Jesus, nosotros tenemos tambien el motivo de ser María nuestra madre y nuestro amparo.